



TABLON DE ACONTECIMIENTOS

LA NUEVA CRUZADA O DE LA INVASION INTIMA

Una de las críticas tópicas y recurrentes para mostrar irrefutablemente la maldad del cristianismo —especialmente en su versión, al parecer, más genuina, la de su configuración medieval— es la realidad histórica de las cruzadas. Eliminado el «peligro rojo», la evidencia geopolítica recientemente descubierta: «¡El peligro está en el Islam!», resulta una vieja convicción occidental que reaparece como el ave Fénix.

Al menos en su origen, los cristianos medievales organizaron cruzadas a partir del siglo XI —y no antes— a causa del giro intolerante que, desde ese siglo, caracterizó a la dinastía de los Fatimíes chiítas y de los Selyúcidas turcos, que destruyeron los santos lugares y cerraron el camino a los peregrinos¹. Antes de ese siglo y durante cinco los cristianos peregrinaron a Palestina desarmados, sin ansia conquistadora alguna, gracias a la tolerancia mutua de cristianos y musulmanes. El móvil primero —aunque no único— de las cruzadas es, además, espiritual: los

crucados son peregrinos que, desde entonces, deben peregrinar armados. Las consecuencias comerciales reales de aquellas cruzadas —que aquí, por lo demás no se trata de justificar— son un efecto secundario y derivado.

Con la «Guerra del Golfo» nos encontramos ante una nueva cruzada, aunque los soldados que van a defender los «nuevos valores» ya no llevan una cruz en el pecho, sino otro signo más complejo y pedestre: una gran ese atravesada por dos barras verticales.

Santos bolsillos

La nueva cruzada responde a la llamada de esos nuevos valores, menos espirituales, más secularizados, pero no menos capaces de suscitar grandes movilizaciones: Saddam Hussein ha atropellado el derecho internacional, los derechos humanos, la soberanía de un pueblo libre, la libertad misma. Estos son los «santos

¹ Cf. Hermann KINDER y Werner HILGEMAN, *Atlas histórico Mundial. De los orígenes a la Revolución francesa*. Ed. Istmo, Madrid, 1983, p. 157.

lugares» que Occidente tutela y debe tutelar en un imperativo ético en el que le va su propio destino cultural. ¿Quién puede dudar del carácter arbitrario, despótico, en una palabra, malvado, de ese «terrorista» internacional?

Pero no está mal que hagamos un leve ejercicio de filosofía de la sospecha y tratemos de penetrar un poco más la fachada de este gran teatro bélico, avalado por las mismas Naciones Unidas.

Creemos que la invasión del pequeño pero poderoso Kuwait es algo más que una invasión territorial. Como a los antiguos cruzados les dolía en el alma de creyentes el monopolio despótico de lo geográficamente más sagrado para ellos, los Santos lugares, al Occidente democrático y civilizado le duele en lo más íntimo de su conciencia la invasión de Kuwait por parte de Irak. Por ello, y aquí empieza la sospecha, en la Guerra del Golfo —cuyo desarrollo y desenlace desconoce el que esto escribe en el momento mismo de escribirlo— lo más importante no es el hecho de la invasión, sino lo invadido: el más profundo centro de nuestra alma.

Que ello es así lo demuestra, primero, que otras invasiones parecieron bien. Y no hablamos ya de las realizadas por los grandes guardianes del bien y la justicia, sino de la que protagonizó el mismo terrorista internacional contra lo que entonces —hace diez años— aparecía como el verdadero peligro, también islámico: Irán. En aquel entonces Hussein era una especie de paladín del progreso frente al oscurantismo chiíta. Tendría, eso sí, algunos defectos de forma en su modo de gobernar a su pueblo y en el mismo arte de la guerra (profusa utilización de armas químicas);

pero, en fin, nadie es perfecto y, al fin y al cabo, le estaba parando los pies al verdadero peligro. Por ello convenía alimentarle por medio de potentes armas.

Cruzada de mercaderes

Pero, y esta es la segunda parte de la prueba, lo que Hussein ha invadido ahora no es simplemente un pequeño y rico país, pisoteando derechos y libertades (lo cual es tan cierto hoy como lo fue ayer con Irán), sino lo más íntimo a nuestra propia intimidad: nuestros bolsillos, nuestras cuentas corrientes.

Occidente se ha convertido en un gran mercado, en un juego de intereses, en el que los valores que cuentan son, ante todo, los valores de la Bolsa. Toda noticia sobre el gran atentado al derecho internacional cometido por la gran bestia negra acaba donde nos duele: en el precio del «Brent», en las oscilaciones de Wall Street, en el precio de la gasolina, en el peligro de recesión mundial (que significa, en realidad, peligro de recesión en el mundo occidental), en nuestras expectativas de un consumo acelerado que a demasiada gente, a demasiados pueblos, les está costando, literalmente, demasiado caro.

Sencillamente, se nos ha rebelado el enano; el tiranuelo útil se ha vuelto contra los que le dieron alas. Porque en el mundo hay demasiados atentados contra la libertad y la democracia y el derecho internacional, que no arman tanto revuelo porque no cuentan en los mercados. Y muchos otros que sí cuentan, pero a favor de ese mismo mercado exclusivo, y por eso se les reviste de grandes nombres ético-jurídicos.

¿No era ya antes malo Hussein? ¿Cómo no nos dimos cuenta antes? Es que no afectaba al termómetro del petróleo. En una palabra, la evidente maldad de Sadam Hussein (que aquí no se cuestiona ni un solo momento) no hace buenos a sus repentinos detractores. Nos molesta su maldad, no por los valores que pisotea, sino porque esta vez nos ha metido la mano en los bolsillos que marcan el límite de nuestra tolerancia democrática.

Y será, sin duda, cierto, que algo hay que hacer ante el atropello irakí. Pero lo primero que habría que hacer, antes de mandar tropas, es exa-

men de conciencia y propósito de la enmienda: voluntad de enmendar este gran circo de hipocresía, que manosea y mancha grandes palabras (derecho internacional, democracia, justicia, libertad...) en nombre de intereses no por inconfesables menos evidentes. Como podemos ver, a pesar de nuestro orgullo progresista, no hemos avanzado tanto desde la edad media hasta hoy. Si se me apura, puede ser que hayamos dado unos cuantos pasos atrás. Esta cruzada no es (sobre todo) de peregrinos, sino sólo de mercaderes.

José M.ª Vegas

Algo huele a podrido en Dinamarca, viene a decir Hamlet en uno de sus numerosos soliloquios. Algo huele a podrido en España, vienen a decir los obispos españoles en un sonado documento hace tan sólo unas semanas. Lo más curioso, sin embargo, es que podemos seguir rastreando en nuestra propia historia y en la ajena y constantemente nos encontraremos con ese tipo de lamento, con el que se quiere expresar con cierta vehemencia que uno se siente a disgusto en la sociedad en la que le ha tocado vivir porque detecta en ella un nivel moral más bajo del que se podría y debería esperar. ¿Es que siempre ha oído a podrido la sociedad humana? Algunos radicales dirán que así es, y terminarán resignándose al destino fatal de los humanos. ¿O es que siempre ha habido personas que tenían un olfato muy delicado, o que se creían dotados de una especial superioridad moral que les permitía lanzar graves condenas morales sobre sus conciudadanos? Por lo que a mi respecta, ni me siento especialmente a disgusto en esta sociedad, por la que siente un gran cariño (quizá porque sea la mía y no la pueda cambiar), ni me considero especialmente dotado de cualidades morales como para convertirme en martillo de impuros y depravados. Lo cual no quita para que algo se pueda decir, pues siempre hay algo que huele a podrido.

Desmoralización

Parece cierto, en primer lugar, que hay un cierto consenso sobre una

falta de moralidad pública y privada en este país nuestro. En estos temas, tanto vale la existencia real del problema cuanto el que se perciba como un problema real, pues la temperatura moral de una sociedad es precisamente una cuestión de conciencia y de apreciación. Algunos llegan a decir, recogiendo una hermosa sugerencia de Ortega, que no sólo hay algo más inmoralidad de la debida, sino que estamos cayendo en la completa desmoralización, con las destructivas consecuencias que eso tiene para el tejido social y para la identidad individual. No sólo nos portamos mal, sino que ni siquiera nos molestamos en saber si nos portamos bien o mal, tan poco ha terminado interesándonos a todos esa triste cuestión de la virtud y la moralidad, o tan distante queda la posibilidad de ponernos de acuerdo sobre un conjunto de valores que se acepten universalmente como válidos.

Por otra parte, estamos asistiendo a escándalos de grueso calibre, sobre todo en el ámbito de la vida pública. Desde hermanos que no tienen reparos en utilizar influencias y despachos oficiales para negocios estrictamente privados, hasta subsidios de desempleo concedidos fraudulentamente, pasando por miles de facturas falsas para evitar pagar impuestos. Añada usted a todo eso unos cuantos casos en la administración de la justicia, como esos capos de la droga que nunca llegan a la cárcel; otros en el propio legislativo, buscando prebendas más allá de lo decoroso; y otros pocos más en el ejecutivo, que no muestra ningún pudor en modificar decisiones

por motivos electoralistas o en manejar los cargos de libre disposición como canongas para premio de fidelidades irreprochables, y al final el panorama es muy completito. La verdad es que hay camaza de sobra para alimentar la insana tendencia de los españoles a dejarse llevar por la envidia.

Dante y tomante

Sobra, pues, corrupción. Intente mos que no nos falten luces para ser conscientes de lo que ocurre y para no terminar con nuestros sentidos embotados e incapaces de distinguir lo blanco de lo negro. Para ello, me gustaría hacer tan sólo dos observaciones de carácter general. En la primera recurriría a un viejo dicho popular, por cierto muy poco académico y con un punto de descortesía, pero sumamente claro. Desde pequeño he escuchado aquello de que «según la ley de Mahoma, tanto es el que da como el que toma». La corrupción siempre es una situación que hace referencia a dos polos, el que corrompe y el corrompido; por utilizar la terminología al uso, es una relación «dialógica». Así lo recoge la legislación en general, que suele hablar no sólo de corrupción como delito, sino de cohechos para condenar precisamente al que acepta la tentadora oferta y también al que la hace. Desgraciadamente, la crítica popular suele sólo atacar al corrompido, pensando no sé por qué regla de tres, que su delito es mucho mayor que el delito cometido por aquél que practicó la oferta. De ahí que una empresa de construcción ponga el grito en el cielo porque los funcionarios o responsables políticos exigen una cuota personal para poder

adjudicar unas obras; no ponen, sin embargo, el mismo grito en el mismo cielo cuando se trata de admitir que esas empresas son las que fomentan y alimentan dichas prácticas corruptas.

Grados de corrupción

Pasemos entonces a la segunda observación. Se suele considerar también que la corrupción es un problema cuantitativo, no cualitativo. Es decir, corrompido está, por ejemplo, el que acepta llevarse unos cientos de miles o unos cientos de millones por algún negocio o alguna recalificación de terrenos a tiempo. Desgraciadamente esto no es así, por más que nos sea muy útil para tranquilizar nuestra conciencia de honrados y modestos ciudadanos corruptores y corrompidos. La verdad es que todos aportamos nuestro granito de arena a esa montaña de hediondos desperdicios. ¿Quién no ha aceptado que le cobren un servicio sin factura para así no tener que pagar el IVA? ¿Es que usted, mi querido lector, incluye en su declaración de la renta la verdad toda la verdad y nada más que la verdad? ¿Nunca ha solicitado un favor o una recomendación para conseguir que ese primo o ese hermano suyo consigan algo? ¿Jamás utilizó la fotocopidora de su oficina para hacerle algún favor al hijo o al amigo?

No soy tan torpe como para no darme cuenta que es más grave defraudar mil millones que cinco mil pesetas, o más grave colocar al pariente o amigo de Director General de alguna Consejería o de asesor de asuntos varios que el conseguir una plaza de conserje o una cama en un hospital para mi primo que está de-

esperado. Pero sólo es una cuestión de grado; uno es más grave que el otro, pero ambas situaciones se califican de igual forma: casos obvios y manifiestos de corrupción, en sus diversas variantes. Al fin y a la postre, en ambos casos se están convirtiendo las complicadas relaciones interpersonales y los delicados problemas sociales de reparto de cargas y beneficios, en un asunto de trueque y mercadeo, en el que ha desaparecido cualquier referencia a valores, a excepción del valor de cambio.

Corrupción impune

Mal asunto, pues, que tiene hondas raíces en nuestra sociedad, precisamente porque ha terminado por convertirse en práctica habitual lo que siempre será una práctica impresentable. Al grito de «si puedo, por qué no», o amparados en aquello de que «como todos lo hacen yo no voy a ser menos», nos lanzamos

desenfrenadamente a una carrera en cuya meta nada bueno puede haber. Es importante no dejarse llevar por la corriente, mantenerse firmes y seguir llamando ladrón al que roba, prevaricador al que prevarica y corruptor al que corrompe o se deja corromper, pero sin parar nuestro juicio crítico en determinados ámbitos o en determinados niveles cuantitativos. Es importante también empezar a barrer la propia casa antes de barrer la de los demás, no vaya a ser que terminemos viendo la paja en el ojo ajeno y no nos enteremos de que tenemos una viga en el nuestro. Por último, hay que intentar romper con esa dinámica de resignación que acaba provocando el que traguemos todo, el que nunca reclamemos o denunciemos comportamientos absolutamente impresentables, agudizando la conciencia de impunidad que acompaña a la corrupción en este país.

Félix García Moriyón

En los comicios del próximo 26 de mayo, cuando ayuntamientos y trece comunidades autónomas remuden sus pieles, los índices de participación pueden confirmar la consolidación de la primera fuerza política del país, que contrariamente a lo pensado por el lector más atento no es el PSOE sino el *partido de la abstención*. Desde las generales del 89, los profesionales de la cosa pública no han logrado echarse al colete la dimisión electoral de los 8.861.932 ciudadanos y ciudadanas censados que no pasaron por vicaría, no ficharon en las urnas aquel 29 de octubre, superando en 77.386 no-votos a los primeros de la clase, los electores socialistas.

La democracia española, que se caracteriza por la relevancia dada a los partidos para configurar el escenario político, no anda sobrada de reflejos. Toca a rebato y produce poca perplejidad comprobar que ninguna organización haya hecho el suficiente examen de conciencia para ahondar en las causas profundas de este desentendimiento de más del 30 por cien del censo. Si bien una mirada aguda y fina descubriría innumerables razones para justificar esta tendencia, tal perspicacia debe ir más allá del análisis técnico, siempre tamizado, siempre escorado, siempre acercando la sardina a su ascua. Porque la cuestión planteada no es baladí si recordamos que en Suecia se expresó una grave preocupación por la legitimidad de su democracia cuando en unas elecciones la participación cayó levemente por debajo del 90 por cien. ¿Qué hubiera ocurrido en este país nórdico si las cotas

hubieran oscilado en torno al 70 por cien como en España?

Crisis de autoridad

Parejo al cansancio descubrimos una cierta frustración. Quienes esperaban más de lo que prometía el relumbrón democrático no pueden aducir ausencia de oportunidades; nada menos que sesenta candidaturas concurren a las últimas legislativas. Sucede que el gobierno del pueblo no se despacha librando un voto al portador cada cuatro años. De ahí que ayuntamientos, comunidades y Estado acusen ahora el desgaste de una década de ejercicio del poder sin contar con la participación activa de los ciudadanos, relegados a consultas ocasionales.

Las poblaciones no se reconocen en sus gobernantes, más diligentes éstos para agradar sin disonancias a sus respectivas *nomenklaturas* — con el fin de asegurarse la soldada pública — que para arrostrar los riesgos de la solidaridad desde el poder, convirtiendo, pese a la prohibición constitucional, la representación democrática en una suerte de mandato imperativo de nuevo cuño.

Esta crisis de las instituciones se inscribe en otra de mayor calado: la crisis de autoridad enquistada en los partidos políticos. Si con el racionalismo y el enciclopedismo se introdujo la desconfianza en el fenómeno religioso hasta entonces preponderante, en este recodo de final de milenio la sospecha alcanza al discurso político. De esta guisa, sólo se dan bazas a los verdaderos enemigos de

la política, que desprecian cualquier aportación de la persona al buen gobierno de lo comunitario, que impiden la correcta y necesaria participación de todo hombre en la construcción de la polis.

Cientelismo en alza

Los casos de corrupción de los señores Juan Guerra, Sanchís, Naiseiro, alcalde de Barbate, han mellado el crédito de los *padres de la patria*. Estas historias sórdidas nos evidencian que los partidos todos corren el peligro de caer en el *cientelismo*. Esto es, se actúa de cara a la galería, buscando no ya el bien común sino el contento de los públicos. Se olvida que el cruce de animales de la misma sangre provoca a la larga la degeneración cromosómica de la especie, cercenando su futuro genético.

El estado democrático debe conjurar el clientelismo, práctica propia de administraciones dictatoriales que no buscan tejido crítico sino palafreneros y estómagos agradecidos.

Los ayuntamientos, las comunidades autónomas, deben distribuir el poder que en usufructo les cede el pueblo soberano, compartirlo con la ciudadanía a la que, en contrapartida, se le ha de exigir mayor responsabilidad. Importante y difícil cometido, no obstante, en una población malacostumbrada a la heterogestión de sus asuntos por mor de una clase política más alejada del interés general cuanto más cerca del solio se encuentra.

Intromisión ciudadana

En una España que no acaba de

vertebrarse, como ya denunciaba Ortega en los años veinte, estos actores y factores preludian una crisis de la denominada *ingeniería del consenso democrático*, propalada al resto de naciones por las élites — no podía ser de otra forma — norteamericanas a partir de la Gran Guerra.

No es de extrañar, por tanto, que este caldo de cultivo favorezca, a juicio de la plutocracia, lo que ella despectivamente denomina *intromisión* de la ciudadanía a través de sus todavía exiguas fuerzas. Desde un débil tejido asociativo cada día se reclama más calidad de vida: acceso a la vivienda, pleno empleo, mejores transportes colectivos, respeto a la naturaleza, educación integral, lucha contra la droga, vejez sin miserias.

Y más allá del pan y del circo, otras personas, aún más minoritarias, apuestan por rectificar la democracia, de modo y manera que no sea meramente un sistema de decisión por la cúpula ratificado interinamente por las bases populares. Las ententes cordiales entre las clases dirigentes no devienen necesariamente los acuerdos con las clases dirigidas.

Las grandes formaciones políticas —PSOE, PP, CDS, e IU— han advertido la urgencia de conectar con la malla organizada de ciudadanos para intermediar entre estas palpitaciones cotidianas y el Poder. Pese a la bondad de la intención, no podemos por menos que establecer unas mínimas cautelas ya que los partidos pueden caer en la tentación de controlar más allá de sus feudos en vez de escuchar, asimilar y dialogar con la sociedad.

Existen razonables indicios para sospechar que si no se produce un cambio de sentido en la presente

trayectoria, a medio plazo nuestro sistema democrático se asemeje a su homólogo más desarrollado. Porque podemos terminar eligiendo a nuestros representantes con los votos del 37 por cien del censo, como

sucede en Estados Unidos, arquetipo y paradigma de toda democracia capitalista que se precie.

Emilio Andreu

FUNDACIÓ
Utopia
D'ESTUDIS SOCIALS
DEL BAIX LLOBREGAT

Parc Can Mercader - C/ra. de L'Hospitalet s/n.
Tel. 377 84 51 Fax. 377 30 40 CORNELLÀ DE LLOBREGAT